

más entraba allí sin recordar la profecía de lady Clotilde, y preguntarse si la sombra gris caía realmente allí. Por su aseo fué colocado el magnífico retrato de lady Clotilde junto al de lord Dynecourt.

Los que han visto aquel cuadro no lo olvidan jamás. Es lady Clotilde en toda la plenitud de su calma, aristocrática belleza; pero hay algo en él que atrae la atención, como no ha ocurrido con pintura alguna. Una luz en la frente, a la media claridad, se diría una aureola, una luz parecida á la que se ve en el rostro de los mártires, un algo de heroísmo en sus claros ojos. Se siente instintivamente que es la imagen de una mujer verdaderamente noble, una mujer de gran alma, capaz de las acciones más brillantes.

Durante los diez años que lord Dynecourt vivió al lado de su bella y amante esposa, en parte redimió las culpas de su juventud. Imposibilitado, no podía tomar parte activa en la vida, pero, bajo la tutela de Silvia, hizo todo cuanto le fué posible. Llegó á ser famoso por su caridad, por su generosidad sin límites y por la resignación con que soportaba su desgracia. Encontró en el hijo que un día abandonó, el mayor consuelo, y apoyo. Cirilo creció, hermoso en cuerpo, inteli-

gencia y alma. Las glorias de los Dynecourt no habían podido caer en mejores manos.

Después, cuando Basilio, lord Dynecourt, reposó en la tumba de sus mayores, sucedióle Cirilo, y llegó á ser, en pocos años, uno de los hombres más eminentes de Inglaterra. Durante mucho tiempo se negó á contraer matrimonio: el amor que profesaba á su madre, tenía algo de maravilloso. Declaró que no se casaría hasta que no encontrase una que se le pareciese. Esta "season" ha corrido el rumor de que la hija menor de los duques de Hartleigh, la hechicera y gentil lady Blanca, tiene grandes probabilidades de llegar á ser lady Dynecourt.

Lady Silvia vive en Dynecourt House, es muy raro que salga al campo; está atareada en la fundación de casas de refugio para aquellos jóvenes que quedan abandonadas en el mundo; no ahorra dinero ni fatigas, y su idea ha salvado más jóvenes de las que pudiéramos dar cuenta.

La dejamos bella, querida y respetada. Su historia hubiera podido ser diferente; pero Dios fué bueno para ella; y, aun cuando muchos peligros y tribulaciones se ofrecieron en el camino de su vida, nadie como ella cruzó con más nobleza y más resignación este camino á TRAVÉS DEL MUNDO.

FIN

EL PRIMER LADRON

(CUENTO)

Subiendo á ocupar mi asiento de bauqueta en la diligencia que iba de Laredo á Santander, me encontré con Pepe Linde, antiguo condiscípulo, de quien no había vuelto á saber nada desde que al terminar la carrera, salimos de la Universidad.

A pesar de los muchos años que habían pasado, me reconoció en seguida.

Después de las expansiones propias de antiguos compañeros de aulas, que por un simple azar vuelven de pronto á encontrarse cuando menos lo piensan, yo quise darle una prueba de mi buena memoria, y le recordé un hecho de su vida estudiantil: una vez Pepe Linde, al ir á examinarse de Derecho romano, se volvió atrás y perdió el curso sólo porque había entrado á la sala de exámenes con el pie izquierdo y creyó ver en esto el augurio de una mala nota. Acogió mi recuerdo con una ligera sonrisa.

—¿Qué sigues siendo tan supersticioso como entonces?—le pregunté.

—No tanto...! —me contestó.—Pero aún no estoy completamente curado de esa manía.

Y al ir la diligencia avanzando por entre los altos árboles de la alameda de Laredo, una de las hermosas de toda la costa cantábrica, Pepe Linde se puso á contarme lo que desde los tiempos de la Universidad había sido de él.

De la carrera no había sacado ningún provecho. Ni siquiera había llegado á ejercitarla. Apenas tomó el título, consiguió que lo nombraran abogado de pobres, y le tocó la defensa de un criminal, á quien sólo se le podía condenar, á lo sumo, por muy mal defendido que estuviese, á unos cuantos años de prisión. Cuando Pepe Linde se disponía á estudiar la causa, el procesado se mató en la cárcel. Tan poca confianza le inspiraba su defensor, que se suicidó por miedo á que le dieran garrote.

Ante este fracaso anticipado, Pepe Linde se despidió para siempre de la toga, que no llegó á estrenar.

Podía permitirse rasgos de esos, perdiendo cursos y abandonando carreras, porque no necesitaba de su trabajo para vivir. Tenía en la Habana un tío, dedicado á grandes negocios mercantiles que le enviaba una cantidad mensual su-

ficiente para pasarlo bien, y como los giros se sucedían con perfecta regularidad, Pepe Linde, sin penas ni cuidados, no se ocupó más que en darse buena vida.

Sin embargo, en cierta ocasión estuvo á punto de lanzarse á los negocios; pero escarmentó en cabeza ajena, al ver arruinarse á un amigo que empleó toda su fortuna en acciones de una empresa de alumbrado eléctrico, de la que se esperaban ganancias fabulosas.

—En aquella ocasión, me convencí—añadía Pepe Linde—de que el mejor negocio es no tener ninguno.

—Para pensar así—le repliqué yo—hay que contar con un tío rico y generoso en la Habana.

—¡Ay—murmuró entonces.—Todo eso acabó ya! Te hablaba del pasado... Para mí el presente es muy distinto. Mi tío Tomás murió hace tres meses viajando por la isla de Cuba... Yo era su heredero... Esperaba una grande herencia... algo así como dos millones. Mas esa esperanza engañosa se desvaneció. El apoderado que mi tío había dejado en la Habana lo realizó todo á escape, fraudulentamente, y se dió prisa á desaparecer, llevándose el dinero... ¡Y aquí me tienes ya para siempre sin herencia y sin giro mensual! Como ahora necesito ganarme la vida, he tenido que tomar un empleo... ¡Y gracias que me lo han dado...! ¿A que no te figuras lo que ahora soy...? ¡Sorpréndete! ¡Soy inspector de policía de este distrito...! ¡Quién me lo hubiera dicho á mí cuando estudiábamos leyes! ¡Y aquí, á este rincón de la montaña, en el que no pensé nunca, he venido á parar!

Ayer mismo se firmó mi nombramiento, y voy á recogerlo á la capital de la provincia, de donde volveré mañana ó pasado mañana, para entrar desde luego en el ejercicio de mis funciones... ¿Eh? ¿Qué te parece?

Me quedé, en efecto, sorprendido ante aquel cambio que acababa de operarse en la existencia de Pepe Linde. En esto, su mirada se ensombreció, y el rostro de mi antiguo discípulo tomó un aspecto grave.

—Está preocupándome una cosa—murmuró.—¿Tendré suerte ó desgracia en la primera detención que lleve á cabo...? De ello depende el

porvenir de mi carrera.... Porque la verdad en esta nueva carrera en que me obligan á entrar las circunstancias, lo mismo puedo verme condenado toda la vida á ser un vulgar polizonte, que puedo tener la suerte de adquirir universal y perpetuar mi nombre en la Historia. Si mi primera defeción es la de un insignificante ratero, mal principio, estoy perdido; moriré, seguramente, sin pasar de inspector de este distrito ignorado.... Si el primero á quien detenga resulta ser, por ejemplo, un alto personaje ó el autor de algún importante robo al Banco de España, de la manera más fácil del mundo puedo cualquier día llegar á la altura de aquel célebre La Reynie, de Luis XIV, ó del no menos célebre Gorón, de nuestra época. ¡Porque yo opino que, por cualquier camino que se vaya, lo decisivo es el primer paso!

Tuve que sacar á Pepe Linde de sus hondas preocupaciones, porque la diligencia había llegado á Escalante y yo me quedaba allí á pasar tres ó cuatro días en casa de un amigo.

—¿Tres ó cuatro días?—exclamó él.—Pues antes de que te vayas estaré de nuevo aquí.... ¡Hasta la vuelta!

En Santander le entregaron á Pepe Linde un legajo de papeles que le traía de la Habana el vapor correo de Cuba, que acababa de entrar en el puerto.

Era toda la herencia que se recibía de su tío Tomás.

Examinó el contenido con impaciencia febril, y no tardó en ver que aquellas papeles carecían en absoluto de valor. La mayor parte de ellos eran cartas de amigos particulares de su tío, que desde la península le pedían dinero ó le daban las gracias por cantidades que generosamente les había girado. Pensó Pepe Linde que hubieran podido en la Habana ahorrarse el trabajo de enviarle aquellos papeles inútiles.

A mi llegada á Escalante hablaban todos allí de la boda de una señorita del pueblo, llamada Elisa, que vivía frente á la casa adonde yo había ido á parar, y que estaba ya en vísperas de casarse con un indiano procedente de México, según decían, y poseedor de una gran fortuna. La novia era hermosísima y muy joven, alta, gallarda y con todo el desarrollo de una arrogante mujer.

Sábese que estaba enamorada de un mozalbete de la misma edad que ella, y que sólo obligada por sus padres consentía en aceptar aquel matrimonio de conveniencia con el indiano, hombre ya de edad madura. El muchacho, cuyo nombre era Julián, mostrábase desesperado, loco, al ver que iba á ser de otro hombre aquella á quien él quería, y su exaltación iba aumentando á medida que el instante de la boda se acercaba. Obstinado más que nunca en rendir la casa de Elisa, acechando á todas horas la salida de la joven, hubo que alejarlo de allí varias veces ya con engaños, ya con amenazas.

Los padres de Elisa temían que se deshiciera aquella ventajosísima boda, de la que estaban envidiosas todas las señoritas de Escalante y pueblos circunvecinos, deslumbradas por el brillo de los magníficos diamantes que el indiano lucía.

Pepe Linde regresó en la diligencia de Santander el día mismo de la ceremonia nupcial, cuando los novios y los invitados se disponían á ir á la iglesia. Me enseñó su bastón de delegado de la autoridad y los papeles que en Santander le dieron.

—¿Es curioso!—me dijo.—He venido por el camino leyendo estas cartas que me han mandado de la Habana... No puedes formarte idea del número de antiguos amigos que desde diferentes pueblos de España le sacaban á mi tío el dinero.... ¡Hasta de Escalante! De este pueblo en que estamos.... ¡Sí, mira! Un amigo que, al darle las gracias por un giro de mil pesas, le anuncia en la carta el próximo envío del retrato de su hija, "que admiran todos por su extraordinaria belleza, y que acaba de ponerse de largo...." ¡Hum! ¡Si querría el amigo éste pescar á mi tío....!

De repente oyéronse gritos.

—¿A ese!

—¿A ese ladrón!

—¿Que se lleva un guardapelo de oro de la novia!

Julián corría con rapidez vertiginosa, y la gente perseguía atropellada.

Pepe Linde vió correr al muchacho y se hizo el distraído, mirando á otro lado con disimulo.

—¿Ya ves qué mala sombra!—murmuró á mi oído.—No podía comenzar peor mi nueva carrera....! ¡Estrenarme así, aprehendiendo á un raterillo, á un chicleo....!

—A ese, á ese, que se escapó!—volvieron á gritar dirigiéndose á Pepe Linde, algunos que se habían fijado en su bastón al salir apresurados de casa de la novia.

No le era ya posible al delegado de la autoridad seguir haciéndose el sordo por más tiempo, y cuando de mala gana iba á echar á andar hacia donde los de los gritos le indicaban, asomóse el indiano gesticulando y enrojecido de cólera á una ventana baja de la casa de su futura y encarándose con Pepe Linde, le interpeló.

—Pero, señor inspector, ¿qué hace usted? ¿Por qué no cumple usted con su deber? ¿No es usted el inspector de policía? ¿Por qué no aprehende á ese ladrón?

—¿El ladrón no es Julián! ¡El ladrón es ese indiano que ha venido á robarle la novia!—replicó desde la calle un chico de trece ó catorce años.

—¿Y ella es quien le ha dado á Julián el guardapelo de oro! ¡Lo he visto yo!—añadió en seguida una niña de menos edad que estaba á la puerta.

—Tienen razón esos chicos!—gritó la novia desde uno de los balcones, rompiendo á llorar.—¡Aquí no hay más ladrón que ese hombre con quien van á casarse....! ¡Él es el ladrón, él es el ladrón!

—¡Hola! ¡hola! ¡hola!—murmuró Pepe Linde animándose y veudo á penetrar resueltamente en la casa.—¡Ahora verá usted, señor indiano, cómo sé cumplir con mi deber!

El padre de la novia, aturridido, le salió al encuentro hasta la calle, apresurándose á decir:

—No la crea usted!

Y luego, mirando con expresión airada hacia el balcón adonde se había asomado su hija, exclamó todo descompuesto.

—Pero ¿qué es lo que has dicho, Elisa....? ¿Has perdido el juicio?

—¿Elisa?—baluceó Pepe Linde dándose una palmada en la frente.

Y buscando con precipitación entre sus papeles la carta fechada en Escalante, que hacía un momento me había enseñado, se la presentó al atribulado padre, preguntándole ansioso:

—¿No es usted el que ha escrito esta carta?

—¿A ver....! Sí, sí, es mi letra—contestó el padre de Elisa.—Pero no comprendo.... Es la carta que le escribí hace algunos meses á un amigo que yo tenía en la Habana y que ha muerto, á mi amigo Tomás Linde.

—¿Precisamente....! ¿Y llegó usted á mandarle el retrato anunciado en esta carta?—continuó el flamante inspector de policía, en cuyo rostro se reflejó una idea súbita y luminosa.

—Ya lo creo....! El retrato de mi hija al ponerse de largo.

—¿Cuánto tiempo hace que este indiano vino á Escalante?

—No hace dos meses todavía.

—¿Y antes no lo conocían ustedes?

—No.

—¿Ah, pues vamos á coger al ladrón!

Y pronunciando estas palabras, Pepe Linde se lanzó dentro de la casa de un brinco.

Apoderóse á viva fuerza del indiano y le registró minuciosamente, sin hacer caso alguno de los padres de Elisa, que ponían el grito en el cielo, escandalizados ante lo que ellos juzgaban un atropello brutal.

—Este es, sí! ¡Este es!—se le oyó decir en un rugido de alegría.—En su cartera un documento con su verdadero nombre....! Lo recuerdo muy bien.... El nombre del apoderado de mi tío Tomás.... ¡Y cheques sobre Londres, sobre París y sobre Hamburgo, por valor de más de un millón....! Es el producto de mi herencia, que mal vendió para robármela.... ¡Y aquí el retrato enviado á la Habana, el de esta señorita, á quien ha venido á engañar, queriendo casarse con ella con un nombre falso....! Ah, bribón, ya estás en mi poder!

El indiano, al verse perdido, cayó de rodillas pidiendo perdón. Y mientras los padres de Elisa, atónitos se hacían cruces ante lo que ocurría, Pepe Linde expresábase su satisfacción en estas palabras:

—La verdad es que he tenido suerte con el primer ladrón que he cogido!

Después oí de sus labios esta reflexión melancólica:

—¡Lástima que ya no me haga falta mi nueva carrera!.... Lo único que he empezado bien.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

LA CONDENADA

(CUENTO)

Catorce meses llevaba Rafael en la estrecha celda.

Tenía por mundo aquellas cuatro paredes de un triste blanco de hueso, cuyas grietas y desconchaduras se sabía de memoria; su sol era el alto ventanillo cruzado por sus hierros que cortaban la azul mancha del cielo; y del suelo de ocho pasos, apenas si era suya la mitad, por culpa de aquella cadena escandalosa y chillona, cuya argolla incrustándosele en el tobillo, había llegado casi á amalgamarse con su carne.

Estaba condenado á muerte, y mientras en Madrid hojeaban por última vez los papeletes de su proceso, él se pasaba allí meses y meses enterrado en vida, pudriéndose como animado cadáver en aquel ataúd de argamasa, deseando como un mal momentáneo, que pondría fin á otros mayores, que llegase pronto la hora en que le apretaran el cuello, terminando todo de una vez.

Lo que más le molestaba era la limpieza;

aquel suelo barrido todos los días y bien fregado para que la humedad, filtrándose á través del petate, se le metía en los huesos; aquellas paredes, en las que no se dejaba parar ni una mota de polvo. Hasta la compañía de la sociedad le quitaban al preso. Soledad completa. Si allí entrasen ratas, tendría el consuelo de partir con ellas la escasa comida y hablarlas como buenas compañeras; si en los rincones hubiera encontrado una araña, se habría entretenido domesticándola.

No querían en aquella sepultura otra vida que la suya. Un día, como lo recordaba Rafael, un gorrion se asomó á la reja cual chiquillo travieso. El bohemio de la luz y del espacio piaba como expresando la extrañeza que le producía ver allá abajo aquel pobre sér amarillento y flaco estremeciéndose de frío en pleno verano, con unos cuantos pañuelos anudados á las sienes y un harapo de manta ceñido á los riñones. Debió asustarle aquella cara angulosa y pálida, con una

blancura de papel macado; le causó miedo y huyó sacudiendo sus plumas como para librarse del vaho de sepultura y lana podrida que exhalaba la reja.

El único rumor de vida era el de los compañeros de cárcel que paseaban por el patio. Aquellos al menos veían cielo libre sobre sus cabezas, no tragaban el aire á través de una aspillera; tenían las piernas libres y no les faltaba con quien hablar. Hasta allí dentro tenía la desgracia sus gradaciones. El eterno descontento humano era adivinado por Rafael. Envidiaba él á los del patio, considerando su situación como una de las más apetecibles; los presos envidiaban á los de fuera, á los que gozaban de libertad; y los que á aquellas horas transitaban por las calles, tal vez no se considerasen contentos con su suerte, ambicionando ¡quién sabe cuántas cosas!... Tan buena que es la libertad!... Merecían estar presos.

Se hallaba en el último escalón de la desgracia. Había intentado fugarse perforando el suelo en un arranque de desesperación, y la vigilancia pesaba sobre él incesante y abrumadora. Si cantaba, le imponían silencio. Quiso divertirse rezando en monótono canturreo las oraciones que le enseñó su madre y que sólo recordaba á trozos, y le hicieron callar. ¿Es que intentaba fingirse loco? A ver, mucho silencio. Le querían guardar entero, sano de cuerpo y espíritu, para que el verdugo no operase en carne averiada.

¡Loco! No quería serlo; pero el encierro, la inmovilidad y aquel rancho escaso y malo acababan con él. Tenía alucinaciones; algunas noches, cuando cerraba los ojos molesto por la luz reglamentaria á la que en catorce meses no había podido acostumbrarse, le atormentaba la estafalaria idea de que durante el sueño sus enemigos, aquellos que querían matarle y á los que no conocía, le habían vuelto el estómago del revés. Por esto le atormentaba con cruel pinchazo.

De día pensaba siempre en su pasado, pero con memoria tan extraviada, que creía repasar la historia de otro.

Recordaba su regreso al pueblecillo natal, después de su primera campaña carcelaria por ciertas lesiones; su renombre en todo el distrito, la concurrencia de la taberna de la plaza, admirándole con entusiasmo: "¡Qué bruto es Rafael!" La mejor chica del pueblo se decidía á ser su mujer, más por miedo y respeto que por cariño; los del ayuntamiento le halagaban, dándole escopeta de guardia rural, espoleando su brutalidad para que la emplease en las elecciones; reinaba sin obstáculos en todo el término; tenía á "los otros," los del bando caído, en un puño, hasta que, cansados éstos, se ampararon de cierto valentón, que acababa de llegar también de presidio, y lo colocaron frente á Rafael.

¡Cristo! El honor profesional estaba en peligro: había que mojar la oreja á aquel individuo que le quitaba el pan. Y, como consecuencia inevitable vino la espera del acecho, el escopetazo certero y el rematarle con la culata para que, no chillase ni patease más.

En fin... ¡cosas de hombres! Y como final, la cárcel, donde encontró antiguos compañeros;

el juicio, en el cual todos los que antes le temían, se vengaron de los miedos que habían pasado, declarando contra él; la terrible sentencia y aquellos malditos catorce meses aguardando que llegase de Madrid la muerte que, por lo que se hacía esperar, sin duda venía en carreta.

No le faltaba valor. Pensaba en Juan Portela, en el guapo Francisco Esteban, en todos aquellos esforzados paladines cuyas hazañas, relatadas en romance, había escuchado siempre con entusiasmo y se reconocía con tanto redañó como ellos para afrontar el último trance.

Pero algunas noches saltaba del petate como disparado por oculto muelle, haciendo sonar su cadena con triste repiqueteo. Gritaba como un niño y al mismo tiempo se arrepentía, queriendo ahogar inútilmente sus gemidos. Era otro el que gritaba dentro de él; otro al que hasta entonces no había conocido, que tenía miedo y lloriqueaba no calmándose hasta que bebía media docena de tazas de aquel brebaje ardiente de algarrobas é higos que en la cárcel llaman café.

Del Rafael antiguo que deseaba la muerte para terminar pronto, no quedaba más que la envoltura. El nuevo, formado dentro de aquella sepultura, pensaba con terror que ya iban transcurridos catorce meses y forzosamente estaba próximo el fin. De buena gana se conformaría á pasar otros catorce en aquella miseria.

Era receloso; presentía que la desgracia se acercaba; la veía en todas partes; en las caras curiosas que asomaban al ventanillo de la puerta; en el cura de la cárcel, que ahora entraba todas las tardes como si aquella celda infecta fuera el lugar mejor para hablar con un hombre y fumar un pitillo. ¡Malo, malo!

Las preguntas no podían ser más inquietantes. ¿Qué si era buen cristiano? Sí, padre. Respetado á los curas, nunca les había faltado en tanto así; y de la familia no había que decir; todos los suyos habían ido al monte á defender el rey legítimo, porque así lo mandó el párroco del pueblo. Y para afirmar su cristianismo, sacaba de entre los guñapos del pecho un mazo mugriento de escapularios y medallas. Después el cura le hablaba de Jesús, que con ser hijo de Dios se había visto en situación semejante á la suya, y esta comprobación entusiasmaba al pobre diablo. ¡Cuánto honor!... Pero aunque halagado por tal semejanza, deseaba que se realizase lo más tarde posible.

Llegó el día en que estalló sobre él como un trueno la terrible noticia. Lo de Madrid había terminado. Llegaba la muerte, pero á gran velocidad, por el telégrafo.

Al decirle un empleado que su mujer, con la niña que había nacido estando él preso, rondaba la cárcel pidiendo el verle, no dudó ya. Cuando aquella dejaba el pueblo, es que la "cosa" estaba encima.

Le hicieron pensar en el indulto y se agarró con furia á esta última esperanza de todos los desgraciados. ¿No lo alcanzaban otros? ¿Por qué no él? Además, nada le costaba á aquella buena señora de Madrid librarle la vida; era asunto de echar una "firmica."

REGALO DE "EL IMPARCIAL"

EL

Orgullo de una Raza

POR

CARLOTA M. BRAEME

Linotipografía, de "El Imparcial," Puente Quebrado Núm. 4.

MEXICO D F.

1908